

EL NEOLIBERALISMO, EL CAPITALISMO FINANCIERO Y EL MUNDO UNIPOLAR

Auge, crisis y transición histórica

Gabriel Esteban Merino

Resumen

El capítulo se propone poner en común categorías y claves de análisis para debatir el presente y las perspectivas futuras, y lo hace a partir del abordaje del surgimiento y las características del proyecto financiero neoliberal en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Asimismo, da cuenta de la vinculación entre este proceso y la recuperación de la primacía político-militar de Estados Unidos en esa etapa. A su vez, examina la crisis de este proyecto y del liderazgo unipolar estadounidense al señalar algunos rasgos centrales de la transición histórica actual, como el escenario de multipolaridad relativa y las perspectivas para América Latina.

Algunos autores, como Immanuel Wallerstein (2003) o Giovanni Arrighi (2007), identifican el inicio de la transición histórica mundial y el declive de la hegemonía de Estados Unidos —y podríamos decir de la hegemonía del polo de poder anglosajón que se inicia en 1815 con la derrota del imperio francés— a fines de los años sesenta y principio de los setenta del siglo xx. El año clave de referencia es 1968, un gozne en la historia del sistema mundial. Atravesado por la paradigmática Guerra de Vietnam, el enfrentamiento bipolar entre Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y un emergente y revolucionado Tercer Mundo, se sucedieron los acontecimientos del Mayo francés, el levantamiento estudiantil en México, la revuelta de Checoslovaquia, la efervescencia de los movimientos por los derechos civiles en los Estados Unidos y el asesinato de su símbolo, Martin Luther King, en la autoproclamada tierra de la libertad, al que le siguió ese mismo año el asesinato de Robert Kennedy. Si en los países centrales o del Norte Global los movimientos tenían un contenido más cercano al liberalismo político radical, combinados con formatos más típicos de la izquierda, por otro lado, en la periferia o el Tercer Mundo el contenido central del auge de luchas populares fue de liberación nacional y social, con distinto tipo de combinaciones.¹

Sin embargo, a partir de la década del setenta el llamado *establishment* angloamericano produjo una contrarrevolución política, económica e ideológica —integral y estratégica— que se cristalizó en los años ochenta en una retomada de la hegemonía estadounidense (Tavares & Fiori, 2017). Dicha contrarrevolución se caracterizó, como observan Perry Anderson (2003) y Aldo Ferrer (2008), entre otros, por la implementación del proyecto financiero neoliberal, aunque la característica de este proyecto fue diferente en el centro occidental que en la periferia bajo su influencia. Si en ambos territorios existía una ofensiva general contra la clase trabajadora, en los países centrales se mantenían y se profundizaban las políticas para mantenerse, justamente, como centros globales: inversión en investigación y desarrollo con el Estado como actor central; fuerte protección a activos o áreas consideradas estratégicas, tanto de la economía como de la producción cultural; políticas para apalancar sólidos centros financieros; administración del comercio exterior e interior, entre otras. En la periferia bajo influencia occidental, por el contrario, se procuraba dismantelar todo lo relacionado a la soberanía y al desarrollo, es decir, se propiciaba una involución periférica, lo cual resultó muy evidente en América Latina.

La contrarrevolución conservadora neoliberal fue de la mano de un proceso de acelerada transnacionalización del capital, la conformación de cadenas globales de valor, una nueva dinámica centro-periferia y la universalización de la acumulación capitalista, sostenida por la revolución de la informática y el despliegue de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Todo esto apareció de forma difusa bajo la forma ideológica de la llamada *globalización* económica (Marini, 2008; Drucker, 1997).

Sin embargo, la *belle époque* neoliberal y del mundo unipolar occidental duró un suspiro. Hacia fines de los años noventa comenzó a resquebrajarse y el movimiento de la historia siguió su curso. El resurgimiento de Asia, el vertiginoso ascenso de China (acorde a su lugar central en la historia de los últimos dos mil años) y la puesta en marcha de los procesos nacionales populares en América Latina a comienzos del siglo XXI son acontecimientos que ponen de manifiesto que el mundo estaba y está en plena transición histórica.²

En las siguientes páginas nos proponemos abordar el surgimiento y características del proyecto financiero neoliberal en los años setenta y ochenta y las condiciones de su surgimiento como parte de la recuperación de la primacía político-militar de Estados Unidos. Luego se examinará la crisis de dicho proyecto y de la unipolaridad, señalando algunos de los rasgos centrales de la transición histórica actual, la situación de multipolaridad relativa y las perspectivas para América Latina. El objetivo no es realizar una mera síntesis de dichos procesos sino poner en común categorías y claves de análisis para debatir el presente y las perspectivas futuras.

Crisis de los años sesenta y setenta

El período que va de la posguerra hasta los años setenta se conoce como la *edad de oro* del capitalismo, que también coincide con un desarrollo importante de la URSS y de sus áreas de influencia, como a su vez de varios países del llamado Tercer Mundo. A su vez, hubo una explosión en la población mundial que en apenas veinticinco años pasó de dos mil quinientos millones (1950) a más de cuatro mil millones (1975) (Banco Mundial, s. f.).³ La reconstrucción de Alemania y de Japón, y su exponencial desarrollo económico, fueron de la mano de sus competitivas industrias y su fuerte desarrollo tecnológico. Por su parte, Francia, en alianza con Alemania, avanzó en un proyecto continental europeo que le permitía alcanzar los nuevos umbrales de poder en el escenario mundial y, así, mayores niveles de autonomía relativa con respecto a Washington y a Londres. Los viejos Estados Nacionales industriales quedaron *chicos* y llegó la era del Continentalismo (Methol Ferré, 2009), protagonizada por Estados Unidos más el Commonwealth británico, la URSS y China.

Hay cinco elementos centrales que, entre otros, explican la crisis de la *edad de oro* del capitalismo y de la hegemonía estadounidense, que coincidió con el inicio de una etapa de estancamiento y recesión en buena parte de la economía mundial.

- 1) Las presiones competitivas en el Norte Mundial, donde las empresas estadounidenses se vieron amenazadas en su liderazgo, especialmente por parte de las empresas alemanas y japonesas (que en caso de las últimas coincidió con la emergencia de un

nuevo modelo de producción).⁴ Ello presionó hacia la caída de la tasa de ganancia del capital y, consecuentemente, a problemas de acumulación.

- 2) Hacia los años sesenta había una gran fortaleza obrera para luchar por salarios y por condiciones de trabajo tanto en el Norte Global como en algunos países de la semiperiferia (como en el caso de la Argentina). Esto también presionaba sobre la tasa de ganancia del gran capital. Además, los aumentos de precios para elevar la tasa de ganancia eran contestados con grandes luchas obreras que recuperaban el precio del salario y, de esta manera, generaban presiones inflacionarias.
- 3) Dicha fortaleza de los trabajadores también era producto de la amenaza *roja*, es decir, de que las malas condiciones de trabajo y los bajos salarios constituyeran un caldo de cultivo para revoluciones anticapitalistas tanto en la periferia como en el centro. Un tercio del mundo era gobernado por fuerzas comunistas.
- 4) Parte fundamental de la crisis de hegemonía de Estados Unidos es producto de la insubordinación del Tercer Mundo (Arrighi, 2007). Vietnam es un símbolo de dicha situación, como también lo es Cuba. Pero también la multiplicación de gobiernos nacionales y populares y los procesos de liberación nacional en Asia, en África y en América Latina. La ruptura con los mecanismos de la dependencia que permiten al Norte Global (centro) absorber gran parte de la riqueza producida por el Sur Global (periferia y semiperiferia), perjudica al centro y limita las posibilidades de acumulación. No hay acumulación *sin fin* de capital sin poder político y militar que la garantice, ya que entre otras cuestiones debe garantizar los monopolios.
- 5) La caída en la tasa de ganancia del capital debido a cierto agotamiento del régimen de acumulación fordista y de su tecnología base (automovilística y petroquímica). Ello se suma a las presiones descritas anteriormente: por las luchas entre capitales de países centrales, la fortaleza de los asalariados en la lucha capital-trabajo, y la insubordinación de la periferia en la lucha *Norte-Sur*.

La llamada crisis del petróleo de 1973, desatada a partir de la decisión de los Estados pertenecientes a la Organización de Países Exportadores de Petróleo de dejar de vender dicho suministro a los países que habían apoyado a Israel en la guerra de Yom Kipur contra Siria y Egipto, echó más combustible al problema de inflación (especialmente en los países centrales importadores de petróleo) y trajo también una recesión económica del mundo capitalista debido al aumento de los costos de producción. En 1979 se produjo la segunda crisis del petróleo como consecuencia de la revolución iraní contra el régimen del Sha sostenido por Estados Unidos y la guerra Irán-Irak. Entre 1978 y 1981 el precio del petróleo casi se triplicó.

Pero si por un lado las crisis del petróleo tuvieron su recesivo en la economía, presionando sobre las contradicciones descritas anteriormente, también otorgaron un enorme impulso a la expansión del capital financiero transnacional a través del flujo de petrodólares hacia la *city* de Londres, que devino en capital financiero centralizado por los grandes bancos angloamericanos. El abandono del patrón oro y la conversión del dólar a dinero fiduciario (sin respaldo metálico), provocado entre otras cuestiones por el enorme gasto de la Guerra de Vietnam, también contribuyó como elemento fundamental para la *financiarización* de la economía del Norte Global y su expansión. Pero el elemento central en el proceso de *financiarización* de los procesos de acumulación del capital —la multiplicación incesante del capital ficticio por sobre el *real*— fue la propia crisis de acumulación del capital: ante la dificultad de encontrar rentabilidad en la economía real la inversión se trasladó a la especulación financiera.

Frente a esta situación surgirá en el plano político e ideológico la contrarrevolución neoliberal, con un nuevo programa de Estado, aunque con elementos muy diferentes en el centro y en la periferia (algo que muchas veces no se tiene en cuenta). Y en el plano económico, se producirá una transformación en las relaciones de producción capitalistas, con el proceso de transnacionalización del capital (con predominio de la forma financiera que subsume la forma comercial, industrial, etcétera) y el desarrollo del paradigma posfordista.

Capital transnacional y redes financieras globales

La transformación de las relaciones de producción —la emergencia de una nueva forma de capital— fue trabajada, por un lado, por Peter Drucker (1997), Samir Amin (1998), Ruy Mauro Marini (1996), Manuel Castells (2002) y también en la base conceptual del libro *Imperio* (2002), de Antonio Negri y Michael Hardt. Por otro lado, desde la escuela regulacionista se abordó especialmente la crisis del fordismo, el desarrollo del posfordismo y del paradigma flexible (Lipietz, 1994). A partir de dichos trabajos, podemos plantear resumidamente una categorización propia.

En primer lugar, la transnacionalización del capital implica que la unidad económica de producción y de realización del capital es de carácter global. Ello produce una nueva territorialidad social que impacta y modifica el conjunto de relaciones sociales. Dicha transnacionalización se categorizará ideológicamente como *globalización*. Que los capitales más concentrados sean transnacionales implica que estos ya no se organizan en términos lineales de casa matriz-filial, cada una atada a ciclos de rotación de capital nacionales o de metrópolis-semicolonia. Como observa Drucker (1997), en una compañía transnacional hay solo una unidad económica, el mundo: ventas, servicios, relaciones públicas y asuntos legales son locales. Pero partes, máquinas, planificación, investigación, finanzas, mercadotecnia, fijación de precios y administración se realizan teniendo en cuenta el mercado mundial. Es

decir, la escala se vuelve transnacional, por lo cual se profundiza y da un salto cualitativo un rasgo propio de la modernidad del sistema-mundo: el desarrollo de un sistema mundial integrado de producción y comercialización, ahora integrado por cadenas globales de producción de valor, vertebrado por un sistema financiero transnacional.

En segundo lugar, otro de los rasgos principales es la tendencia al funcionamiento en red, con una pirámide organizacional achatada y con menor integración vertical formal.⁵ En este sentido, se sustituye el paradigma típico de las grandes y viejas corporaciones estadounidenses, hiperintegradas verticalmente (controlaban formalmente todo el proceso productivo, de cada parte específica y cada insumo hasta el producto final) y con un funcionamiento totalmente piramidal, bajo el modelo burocrático clásico, que se reproducía en el vínculo casa matriz-filial.

En tercer lugar, los nodos estratégicos de las redes transnacionales centralizan los flujos globales de información, dinero, mercancías, y basan su capacidad de acumulación ampliada en: 1) el control de gigantes sumas de capital-dinero con el cual financiar las empresas de la red así como invertir en la especulación financiera; 2) el conocimiento estratégico desde el cual procesar la masa de información y diagnosticar, concebir y planificar a escala global, con cuadros competentes para dichas tareas; y 3) los medios de producción estratégicos y los monopolios tecnológicos que les permite controlar el corazón del proceso de acumulación y establecer ganancias monopólicas .

En cuarto lugar, se organizan bajo el paradigma Flexible. Se desarrolla un amplio proceso de tercerización o subcontratación de infinidad de tareas, a la vez que flexibiliza a los trabajadores a través de la polifuncionalidad, la rotación, la inestabilidad laboral, etcétera. El pasaje de fordismo al posfordismo implica la imposición de la flexibilización junto a un nuevo paradigma tecnológico, la robotización (Lipietz, 1994). La flexibilización, tanto laboral como del proceso productivo, le permite al capital avanzar sobre las condiciones y la situación laboral de los trabajadores y enfrentar en mejores condiciones las presiones competitivas para aumentar la tasa de ganancia. En este sentido, por ejemplo, la deslocalización de ciertas partes de los procesos productivos, especialmente los intensivos en mano de obra, hacia lugares con costos salariales más baratos, permite quebrantar la resistencia obrera. Lo mismo sucede con la tercerización, por la cual la empresa principal puede empeorar las condiciones de contratación de la fuerza de trabajo a través de empresas subcontratadas.

En quinto lugar, es necesario señalar que en el Norte Global el capital transnacional es financiero, ya que los directorios de las empresas están dominados por fondos financieros de inversión global. Estos se encuentran en el corazón de una red que combina diferentes empresas de ramas disímiles.

El desarrollo de esta nueva forma de capital, de estas nuevas formas en las relaciones de producción capitalista, que se produjo en el nivel económico, permitió vencer el conjunto de factores de la crisis que mencionamos en el apartado anterior. También desde el plano político se produjo una respuesta, conocida como la contrarrevolución conservadora y la implementación de un proyecto neoliberal. Eso lo veremos a continuación.

Reacción conservadora y programa neoliberal

«La economía es solo el método, el objetivo es cambiar el corazón y el alma.»
Margaret Thatcher (1981)

Es falso decir que el neoliberalismo implica un Estado débil o en retirada. Un Estado débil no sirve para *cambiar el alma*. En realidad, el Estado neoliberal necesita ser muy fuerte para vencer la influencia de los sindicatos, el poder del movimiento popular y desarmar los llamados Estados de *bienestar*. También determinados estados centrales dominados por el proyecto neoliberal necesitan ser fuertes en su política exterior para vencer los movimientos contrahegemónicos de la periferia. A la vez, dicha fortaleza se utiliza para implementar un programa que resuelva las tensiones político-sociales a favor del capital financiero transnacional, el *establishment* del Norte Global y sus aliados periféricos.

Como observa Anderson (2003), el programa neoliberal tiene como premisa filosófica la desigualdad. Para el neoliberalismo, apoyado en la escuela neoclásica de economía, el ideal de la igualdad —propio de la socialdemocracia europea, el comunismo o de los nacionalismos populares de la periferia— constituye un camino a la servidumbre (Hayek, [1944] 2008), en el sentido de que estos proyectos implican un aumento del poder estatal-colectivo que restringe la libertad individual, especialmente la libertad del capitalista. Con ello se restringe, se razona desde el neoliberalismo, la libertad de mercado, la competencia, el individualismo y los sujetos quedan a merced del Estado.

De esta forma, el neoliberalismo vuelve a separar e, incluso, contraponer los conceptos de libertad y de igualdad que el centrismo liberal democrático había procurado sintetizar para resolver la problemática coexistencia entre capitalismo y democracia: una democracia representativa ampliada a ciertos derechos sociales, ya que resulta imposible en la práctica un sistema democrático sin ciertos *niveles mínimos* de igualdad o de inclusión social. De esta forma, son los propios poderes dominantes quienes deben poner en crisis el liberalismo burgués y con él la categoría de ciudadano, portador de derechos universales e igual ante la ley y el mercado. La categoría de ciudadano, núcleo del liberalismo burgués, se ve sustituida por la de *gente* o *vecino* y *consumidor* o *cliente*. También desaparecen las *clases sociales*.

El programa económico del neoliberalismo, mediante el cual se procura cambiar el *alma* de los pueblos, se puede resumir en nueve puntos. Debemos tener presente que, si bien estos puntos programáticos son casi *universales*, debemos diferenciar entre el neoliberalismo central y el periférico no solo en cuanto a la profundidad de su aplicación para dismantelar derechos sociales de los trabajadores, sino, también, porque en las periferias se procura dismantelar todas aquellas actividades estatales y sectores que pueden competir con los centros dominantes: desarrollo y protección de industrias estratégicas y de alta complejidad, desarrollo científico-tecnológico, poderosos complejos industriales-militares, entre otros.

Podemos resumirlo en los siguientes puntos:

- 1) La centralidad del combate contra la inflación por sobre otros objetivos económicos, como el pleno empleo o el desarrollo con justicia social. Y, por otra parte, las políticas para combatir la inflación se enfocan desde una perspectiva neoclásica en el control de la emisión monetaria y en el aumento de la tasa de interés. Dichas soluciones producen un beneficio de los actores financieros dominantes, por la transferencia de ingresos desde el pequeño y mediano empresariado y los trabajadores. Dichas medidas apuntan a combatir algunas de las fuentes de la inflación como son la puja distributiva capital-trabajo y el *exceso* de consumo, a través de un enfriamiento de la economía y una redistribución regresiva del ingreso, es decir, es un combate desde los intereses del gran capital.
- 2) La disminución de impuestos a los altos ingresos y las reformas tributarias regresivas. El argumento es que ello va a incentivar la inversión, ya que va a ser mayor la masa de plusvalía reinvertida para la acumulación de capital. Sin embargo, como observa Anderson (2003) ello solo se tradujo en mayor inversión especulativa —y no en la economía real— y solo aumentó los ingresos de los sectores más concentrados, profundizando enormemente la desigualdad. En la Argentina los mayores ingresos percibidos por la cúpula empresarial no solo no se tradujeron en mayor inversión, sino que derivaron en una mayor fuga de capitales, la cual se cubrió con endeudamiento externo que paga el conjunto de la población.
- 3) Abolir controles a los flujos financieros, flujos de información y flujos comerciales, lo que provoca la pérdida del control soberano sobre las economías nacionales, a favor del capital financiero transnacional y su libre funcionamiento a escala global, en detrimento de las libertades de otros sectores.
- 4) Creación de una *tasa natural* de desempleo para quebrar la resistencia de los trabajadores y bajar sus ingresos.

- 5) Coerción sobre huelgas y/o movilizaciones, persecución a dirigentes gremiales y legislación *antisindical* para debilitar a las clases trabajadoras. En las periferias, como sucedió en particular en América Latina, la coerción fue mucho más profunda. Se llevaron adelante genocidios mediante dictaduras cívico-militares que respondían a las oligarquías locales y el capital financiero transnacional.
- 6) Una política general de recorte de los *gastos* sociales del Estado. Para legitimar dicha política, se resalta la palabra *gasto* en lugar de inversión pública. El ajuste de la inversión social del Estado produce un proceso de mercantilización de los bienes públicos, los cuales pasan a ser nuevos espacios para la acumulación del capital. La salud, la educación, la vivienda, etcétera, dejan de ser derechos que deban estar garantizados por el Estado de forma universal (a la medida de sus ingresos) y se accede a ellos y a sus distintas calidades según el precio que se pague.
- 7) Un plan general de privatizaciones, que en la periferia también significó un importante proceso de extranjerización de las empresas públicas.
- 8) Una dinámica de fuerte endeudamiento externo. Por ejemplo, en la Argentina entre 1976 y 1983 el endeudamiento público medido en dólares se multiplicó por siete. Otro salto importante se dio en la década de los noventa a pesar del financiamiento obtenido con las privatizaciones. Y también se observa a partir de 2016, con la asunción de un gobierno afín al proyecto neoliberal, un impresionante salto de los niveles de endeudamiento externo.
- 9) La promoción de las inversiones extranjeras como motor económico fundamental, en detrimento de la burguesía local y de las empresas estatales. Además, las inversiones extranjeras —cuando va a la inversión productiva en lugar de la especulación financiera— al no estar planificadas con relación a la necesidades y al desarrollo nacional, profundiza la dependencia y, por lo tanto, el subdesarrollo porque: a) se taponan el desarrollo de tecnología a nivel local; b) implica una fuerte salida de capitales por la remisión de utilidades y distintos mecanismos; c) dificulta la planificación económica a nivel local; d) genera problemas de balanza de pagos por la fuerte demanda importadora; e) se centran en ventajas comparativas estáticas de los países, que en la periferia son los recursos naturales y/o la mano de obra barata, sin desarrollar nuevas ventajas.

Del auge a la crisis del proyecto neoliberal unipolar

Las transformaciones en el campo económico, producto del desarrollo del capital financiero transnacional y el cambio en las relaciones capitalistas de producción, junto con la ofensiva

en los campos político, ideológico y militar del proyecto neoliberal encabezado por los Estados Unidos y el Reino Unido, posibilitó al polo de poder angloamericano retomar la hegemonía. Sin lugar a dudas, la caída de la URSS fue fundamental en este sentido. El mundo devino unipolar y Francis Fukuyama (1992) llegó al punto de establecer el fin de la historia: no había proyecto alternativo ni superador al capitalismo y a la democracia liberal occidental —que muchos pensadores caracterizan como una plutocracia republicana o un gobierno del poder financiero—.

En la década del noventa emergió el *globalismo* como descripción ideológica de la nueva fase del capitalismo mundial, pero, también, como proyecto político. A la estructura de poder transnacionalizada debía corresponderle una superestructura global, por encima de las naciones, que administrara el nuevo orden del sistema mundial y suturase las contradicciones del capitalismo global. En función de ello, se fortalecieron algunas instituciones claves de la posguerra bajo el control de Estados Unidos y el Norte Global: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. A su vez se creó la Organización Mundial del Comercio (OMC) y comenzó a impulsarse un conjunto de normas globales referidas al comercio, la inversión, la propiedad intelectual, etcétera, plasmadas en acuerdos e instituciones. Incluso, se establecieron tribunales internacionales, como el Centro Internacional de Arreglo de Diferencias relativas a Inversiones (CIADI)⁶ para arbitrar sobre diferencias relativas a inversiones. Toda esta institucionalidad globalista significó un proceso de debilitamiento de las soberanías nacionales, una desnacionalización progresiva de los estados.

Sin embargo, hacia fines de siglo, en el auge de la *belle époque neoliberal*, comenzaron a manifestarse los primeros síntomas de la crisis. Si el levantamiento del campesinado zapatista en el sur de México en 1994 puso en evidencia el feroz impacto en los pobres del Sur Global del proyecto financiero neoliberal, hacia 1999 se manifestó un conjunto de contradicciones entre los grupos dominantes del sistema. Como se afirma en Gabriel Esteban Merino (2014), es el año en que se observan en términos políticos y estratégicos los primeros indicios de la crisis del orden mundial. Es el año que en Estados Unidos comenzaron a profundizarse las tensiones internas entre globalistas y americanistas. Es el año en que Alemania y Francia, junto con sus aliados europeos, avanzaron en la constitución del euro para fortalecer el bloque de poder europeo continental y tener un mayor margen de autonomía respecto a Washington (contradicción que fue patente en la guerra de Irak propiciada por Estados Unidos y el Reino Unido y rechazada por Francia, Alemania y Rusia, con importantes intereses en dicho país). Además, el 31 de diciembre de 1999 y tras la dimisión de Boris Yeltsin, Vladímir Putin llegó a la presidencia de Rusia (puesto que meses más tarde confirmaría electoramente de forma contundente) expresando el renacer del poder ruso. Asimismo, China, el gigante oriental al que se lo vio crecer vertiginosamente durante veinte años, asumió en 1999 formalmente la soberanía

de Macao (colonia portuguesa) luego de que en 1997 recuperara la de Hong Kong (colonia británica). Ese año su embajada en Belgrado fue bombardeada por parte de Estados Unidos, lo que provocó fuertes tensiones.

También en dicho año, Hugo Chávez llegó al poder en Venezuela y se produjo la primera grieta para el proyecto neoliberal y el Consenso de Washington en América Latina y el Caribe más allá de Cuba. Además, a meses de comenzar el año 1999, el 29 de noviembre de 1998, el papa Juan Pablo II expidió el jubileo 2000. En el mismo se proponía la condonación de la deuda externa a países pobres y en desarrollo, en sus tres formas principales de endeudamiento: la contraída con los bancos comerciales, con los gobiernos y con las entidades multilaterales de crédito (FMI, Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, etcétera). Según el jubileo, la deuda era inmoral, ilegítima e impagable. Esta propuesta estaba en el marco de la lucha contra el *capitalismo salvaje* que el Vaticano venía desarrollando desde la caída del Muro de Berlín, para diferenciarse del neoliberalismo de cuño anglosajón y su avance global.

Brasil devaluó su moneda en 1999, luego de la ola de devaluaciones en los países *emergentes* que se inició en 1997 con el estallido de la crisis del sudeste asiático, que fue el puntapié inicial para una ola de avance del capital transnacional sobre la periferia, de fuertes adquisiciones (centralización del capital) y debilitamiento de los actores económicos locales de los respectivos países *emergentes*. En la Argentina se fracturaron los grupos y las clases dominantes, y comenzaron las luchas entre quienes proponían, por un lado, dolarizar la economía, avanzar hacia el Área de Libre Comercio de la Américas (ALCA) propuesta por los Estados Unidos y profundizar el neoliberalismo (privatizar los bancos públicos que quedaban, ajustar más los salarios, imponer la Ley de Flexibilización Laboral) y, por otro, quienes, en sintonía con lo acontecido en Brasil, comenzaban a debatir la necesidad de devaluar el peso, fortalecer el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y salir del proyecto neoliberal, agrupados en el Movimiento Productivo Argentino (MPA). A su vez, la resistencia popular al neoliberalismo crecía a medida que se agudizaba la crisis económica, aumentaba el desempleo y se disparaba la pobreza.

El escenario resultaba desolador. Al igual que en buena parte de los países del mundo, en la Argentina —producto de la imposición del proyecto neoliberal, cuyos primeros pasos datan del golpe cívico militar de 1976— se pasaba de una situación de pleno empleo a una desocupación del 24 % y una subocupación del 20 %. La pobreza, que se calculaba en el 5 % en 1974, tocaba el récord del 56 %, mientras la desigualdad se multiplicaba.

En este escenario, en la Argentina, en América Latina y en el mundo comenzaba una reacción muy diversa frente al proyecto neoliberal, el capitalismo financiero y el mundo unipolar gobernado por el *establishment* angloamericano. Y esta reacción es la que se

cristalizó en 1999 con importantes cambios en el mundo. De esta manera, se iniciaba una etapa de transición geopolítica y crisis del orden mundial.

Con la derrota de Estados Unidos en la Guerra de Irak, el empantanamiento en Afganistán y el estallido de la crisis financiera global en 2008 con epicentro en Nueva York, en Londres y en el Norte Global y la crisis europea a partir de 2009, las tendencias descriptas se aceleraron. La crisis de 2008 muestra, entre otras cosas, un problema estructural del capitalismo neoliberal: desde los años ochenta se buscó bajar los salarios para aumentar la tasa de ganancia del capital, lo cual repercutió en un problema de realización del capital porque los trabajadores ganaban menos y se les dificultaba el consumo. Para *solucionar* temporalmente dicho problema se multiplicaron los instrumentos de financiarización, es decir, el otorgamiento de créditos y tarjetas para el consumo. Pero ello, obviamente, tenía sus límites. Y estalló como lo hizo la burbuja hipotecaria. A esta situación se sumó una gran puja financiera al interior de los Estados Unidos y el Reino Unido, como parte de la lucha entre Globalistas y Americanistas.

Después de esto, el mundo ya no fue el mismo. Asia Pacífico, de la mano de China, se convirtió progresivamente en la región económicamente dinámica del sistema mundial, en detrimento del Atlántico que dominó la modernidad occidental. Junto a ello, la reemergencia de Rusia, la dinámica de medio Oriente y los procesos políticos latinoamericanos que dieron lugar a la conformación de un contradictorio pero activo bloque regional, dieron inicio a un siglo XXI caracterizado como un *cambio de época*.

Latinoamérica en la transición histórica

La *nación* Latinoamericana retomó a principios de siglo, una vez más, distintos senderos para romper o, al menos, atenuar las cadenas de la dependencia, su división política y su consecuente condición de periferia. Y ello no es casual: cada vez que se producen escenarios de transición histórica del sistema mundial, reemergen en la región, allí donde existe cierto grado de desarrollo de las fuerzas subjetivas, los movimientos nacionales, populares y latinoamericanos —también llamados despectivamente desde la perspectiva neoliberal *populismos*—. Estos movimientos, de naturaleza heterogénea y de diferentes improntas y dominados cada uno por distintos proyectos estratégicos, al expresarse contradictoriamente a través de distintos gobiernos en el Estado dieron lugar a procesos transformadores, de ruptura con la hegemonía neoliberal.

Como señalamos, la primera de estas manifestaciones nacionales populares y latinoamericanas se produjo en Venezuela, con el triunfo electoral en 1998 del Movimiento V República (MVR) encabezado por Hugo Chávez, quien finalmente asumió la presidencia en 1999. La guerra del agua en Bolivia en el año 2000, donde una enorme masa popular

ascendió a las luchas políticas oponiéndose a la privatización de ese recurso clave y sus consecuencias sociales, puso de manifiesto el resquebrajamiento de la hegemonía neoliberal en dicho país y el comienzo de la articulación de un nuevo bloque popular. La crisis de 2001 en la Argentina, luego de cuatro años de recesión económica y de crecientes resistencias al proyecto financiero neoliberal y al bloque de poder que lo sostiene, expresó el ascenso de un contradictorio bloque nacional productivo, con un programa neodesarrollista que, finalmente, se consolidó en el gobierno con la asunción de Néstor Kirchner en mayo de 2003. El año anterior, en 2002, se produjo un acontecimiento de enorme significación para la región, la llegada de Luiz Inácio «Lula» da Silva al gobierno del gigante suramericano, Brasil, a través de una alianza entre clases populares y sectores de izquierda con parte de la burguesía nacional y capas de la burocracia y de la intelectualidad neodesarrollista. También en 2002, se frustró por medio de una insurrección popular el intento de golpe de estado en Venezuela, apoyado por Estados Unidos, avalado por el FMI y cuyo protagonista era el referente del empresariado local. El golpe fue rechazado por los gobiernos de la Argentina y de Brasil, lo que demostraba el giro que se había producido en los dos países más importantes de Suramérica. Al año siguiente, el triunfo del Frente Amplio en Uruguay y la fundación de la Alianza Bolivariana para las Américas por parte de Cuba y Venezuela, terminarían de dar forma a un eje atlántico-caribe de La Habana a Buenos Aires que sepultaría en la Cumbre de las Américas de diciembre de 2005 el plan ALCA de los Estados Unidos.

En 2006, la cumbre del Mercosur marcó un quiebre. Con la presencia del histórico líder revolucionario de Cuba Fidel Castro y la de Hugo Chávez, se decidió la incorporación de Venezuela al Mercosur y mecanismos para aliviar el bloqueo económico de Estados Unidos sobre Cuba. A partir de allí, las fuerzas nacionales, populares y latinoamericanas comenzaron un momento de ofensiva regional que nacía desde el núcleo de aglutinación de la Argentina y Brasil, junto con Paraguay y Uruguay, avanzaba con la potencia energética de Venezuela (quien posee las mayores reservas de petróleo comprobadas) y se proyectaba sobre Suramérica a través de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) reimpulsada y redefinida en 2008, mismo año en que estalló la crisis financiera global. El espacio suramericano es, desde el punto de vista geopolítico, el soporte territorial de un Estado Continental que posibilite la unidad regional, desde la cual romper las cadenas de la dependencia, el subdesarrollo y la especialización primario exportadora. El siguiente paso fue la constitución de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), mirada con recelo desde el *establishment* de Estados Unidos, que se apoyó para emerger en un escenario de creciente multipolaridad relativa, con los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) en pleno ascenso para discutir la distribución del poder en el sistema mundial. También debemos señalar la importancia del triunfo del Movimiento al Socialismo (MAS) de Bolivia en 2006, liderado por Evo Morales, que combinaba la tradición popular comunitaria de los pueblos originarios con las corrientes latinoamericanistas de

la izquierda y del nacionalismo, para articular una alianza entre campesinado, obreros y sectores de pequeña y mediana burguesía urbana y rural. A su vez, se produjo el triunfo de Rafael Correa en Ecuador en 2006, quien asumió la presidencia en enero de 2007, y del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, territorio en donde históricamente se expresaron con enorme crudeza las tensiones entre el imperialismo norteamericano y las luchas de liberación nacional continental. En términos políticos institucionales se expresaba, entonces, un importante cambio en las correlaciones de fuerzas sociales de la región.

No resulta casual que en los quince años que transcurren entre 1999 y 2014 unos cien millones de latinoamericanos (la sexta parte de la población) hayan salido de la pobreza según el propio Banco Mundial. Más allá del alza del precio de las materias primas a nivel mundial, ello está estrechamente relacionado a un conjunto de políticas regionales que, por lo menos, tendieron a distribuir buena parte de la renta de los productos de exportación y a disminuir un poco la desigualdad en el continente más desigual del mundo. Como razonaba Abelardo Ramos (2011), América Latina no se encuentra dividida porque es subdesarrollada, sino que es subdesarrollada porque está dividida. Resulta lógico que los proyectos de unidad nacional latinoamericana vayan de la mano con mayores niveles de justicia social, por lo menos en términos parciales.

Para definirlo esquemáticamente, en cuanto al modelo de integración se puede observar un enfrentamiento entre un *regionalismo autónomo* —que cuestiona el papel de periferia en el orden mundial e intenta establecer estrategias de desarrollo endógeno para posicionar a la región como bloque de poder en un escenario multipolar— y el *regionalismo abierto* —que no cuestiona el lugar de periferia y el papel en la división internacional del trabajo, busca estrategias de adaptación al capitalismo mundial, plantea una alianza estratégica con los Estados Unidos y, en términos más amplios, con Occidente, y está centrado en el libre mercado y en la integración de las cadenas globales de valor dominadas por el capital transnacional—. Si, como describimos, hasta 2010 avanzó con claridad aunque con perspectivas disímiles, el regionalismo autónomo, en el año 2011 y en sintonía con un nuevo momento de la crisis del Orden Mundial, se va a producir un acontecimiento que marcará una nueva etapa en la región: la firma y puesta en marcha en 2012 de la Alianza del Pacífico, conformada por Chile, Perú, Colombia y México, significó un retorno del regionalismo abierto y una recuperación de la iniciativa de las fuerzas del proyecto financiero neoliberal con sus distintos matices (Merino, 2017).

La ofensiva de las fuerzas unipolares sobre las semiperiferias a partir de 2010-2011 tuvo su impacto en América Latina, el eslabón débil de los polos de poder emergentes. En América Latina no se profundizó lo suficiente el regionalismo autónomo como para consolidar una estatalidad regional, esto es, un conjunto de instituciones regionales que

sostengan un proyecto propio: moneda del sur, banco y fondo del sur, petrolera del Sur, Defensa del Sur, Ciencia y Técnica del Sur, entre otras. Además, no hubo grandes avances en la integración productiva y en el suficiente desarrollo de la economía para romper la esencia primario-exportadora, típica característica de las economías dependientes. Las economías fuertemente primarizadas, concentradas y extranjerizadas son un obstáculo determinante para la construcción de una estructura productiva regional desde la cual sostener la construcción de mayores grados de autonomía político-estratégica que haga posible el desarrollo. El fin del ciclo de los *commodities* a precios extremadamente altos y su consecuente problema en las cuentas de los países de la región, así como el retroceso del comercio al interior de la región pusieron en evidencia estos problemas. A su vez, el problema de la *frazada corta* debido a los menores recursos, agudizó las contradicciones al interior de las alianzas sociales que sostenían los gobiernos nacionales y populares. En la Argentina y en Brasil ello repercutió con el debilitamiento político del *kirchnerismo* y del *lulismo*. Sobre esas contradicciones operaron las fuerzas del bloque financiero neoliberal.

El escenario actual, tanto a nivel regional como mundial, tampoco es de reconstrucción de la hegemonía neoliberal y del polo de poder angloamericano (Estados Unidos más el Reino Unido y aliados). Es decir, no nos encontramos como a principios de los años 1990. Por el contrario, las tendencias son otras. Entre ellas, podemos nombrar la fractura del polo angloamericano entre globalistas y nacionalistas evidenciada con el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos y la salida del Reino Unido de la Unión Europea (UE). En segundo lugar, la derrota de Estados Unidos en Irak, el empantanamiento en Afganistán y el triunfo del presidente sirio apoyado por Rusia y por Irán frente a las fuerzas apoyadas por el *establishment* occidental. En tercer lugar, el ascenso cada vez más indetenible de China que, a diferencia del desafiante Japón de los ochenta, o también de Alemania, no se trata de un protectorado militar estadounidense, tiene una escala territorial y poblacional varias veces más importante y fue durante milenios el centro hegemónico de Asia-Pacífico. En cuarto lugar, hay que destacar la elección del papa Francisco al frente de la iglesia católica, de enorme influencia en América Latina, quien irradia posiciones antineoliberales contrarias al capitalismo salvaje, está en sintonía con los movimientos nacionales, populares y latinoamericanos y propicia el regionalismo autónomo. En quinto lugar, las conquistas conseguidas en los últimos años, así como los niveles organizativos de los sectores populares constituyen un obstáculo difícil para las fuerzas neoliberales. El triunfo del progresista popular Andrés Manuel López Obrador en las elecciones presidenciales de México en 2018, en un país que parecía completamente hegemonizado por el neoliberalismo y el poder de los Estados Unidos, da cuenta de que no hay un fin del ciclo histórico en la región.

«Qué importa que breme la tormenta: todo taller de Forja parece un mundo que se derrumba», razonaba Hipólito Yrigoyen (en Gabriel del Mazo, 1936, p. 7), al calor de

la transición histórica que él protagonizó, bajo un capitalismo en crisis estructural y salvaje cuyas contradicciones devinieron en las sangrientas guerras mundiales. Estamos transitando un momento histórico parecido, pero al mismo tiempo completamente distinto. Ayer como hoy ese mundo que se derrumba es, también, el mundo desde el cual construir una nueva forma de vida.

Referencias

Amin, S. (1998). *El capitalismo en la era de la globalización*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Anderson, P. (2003). Neoliberalismo: un balance provisorio. En E. Sader y P. Gentili (Comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (pp. 11-18). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Arrighi, G. (2007). *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid, España: Akal.

Banco Mundial. (s. f.). Población, total. Recuperado de <https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.POP.TOTL>

Castells, M. (2002). *La Era de la Información. Vol. I: La Sociedad Red*. Ciudad de México, México: Siglo Veintiuno.

Del Mazo, G. (1936). *El pensamiento escrito de Irigoyen. Compilación antológica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Cuadernos de FORJA.

Drucker, P. (octubre-diciembre de 1997). La economía global y el Estado-nación. *Archivos del presente*, 3(10), 41-54.

Ferrer, A. (2008). *La economía argentina: desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona, España: Planeta.

Hayek, F. A. [1944] (2008). *Camino de servidumbre. Textos y documentos*. Madrid, España: Unión Editorial.

Lipietz, A. (1994). *El posfordismo y sus espacios. Las relaciones capital-trabajo en el mundo* (Serie Seminarios Intensivos de Investigación. Documento de Trabajo N.º 4).

Programa de Investigaciones Económicas sobre Tecnología, Trabajo y Empleo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://www.ceil-conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2013/06/s4lipietz.pdf>

Marini, R. M. (2008). *América Latina, dependencia y globalización*. Bogotá, Colombia: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) / Siglo del Hombre.

Merino, G. E. (2014). Lucha entre polos de poder por la configuración del orden mundial. El escenario actual. *Revista de Estudios Estratégicos*, (1), 11- 32. Recuperado de <http://www.cipi.cu/libro-revistarevista-de-estudios-estrategicos-no-01>

Merino, G. E. (2016). Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas para América Latina. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 7(2), 201-225. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/view/51951>

Merino, G. E. (2017). Proyectos estratégicos e integración regional en América Latina. El surgimiento de la Alianza del Pacífico, el fortalecimiento del regionalismo abierto y el retroceso del regionalismo autónomo. *Relaciones Internacionales*, 26(52), 17-37. Recuperado de <https://revistas.unlp.edu.ar/RRII-IRI/article/view/2075>

Merino, G. E. (2018). Los tratados comerciales y las luchas globales en la era Trump. *Realidad Económica* 47(313), 9-40. Recuperado de <http://www.iade.org.ar/articulos/los-tratados-comerciales-y-las-luchas-globales-en-la-era-trump>

Methol Ferré, A. (2009). *Los Estados Continentales y el MERCOSUR*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche.

Negri, A. y Hardt, M. (2002). *Imperio*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Ramos, J. A. (2011). *Historia de la Nación Latinoamericana*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Ediciones Continente.

Tavares, M. C. y Fiori, J. L. (Orgs.). (2017). *Poder e dinheiro. Uma economia política da globalização* [Poder y dinero. Una economía política de la globalización]. Río de Janeiro, Brasil: Vozes.

Thatcher, M. (1981). *Interview for Sunday Times* [Entrevista para Sunday Times]. Recuperado de <https://www.margareththatcher.org/document/104475>

Wallerstein, I. (2003). *Decline of American Power: The U.S. in a Chaotic World* [La decadencia del poder estadounidense: los Estados Unidos en un mundo caótico]. Nueva York, Estados Unidos: New Press.

Notas

- 1• El texto *La hora de los pueblos* (1968), de Juan Domingo Perón, refleja y sintetiza la profundización antiimperialista y social de los movimientos nacionales populares latinoamericanos.
- 2• Esto lo trabajamos, entre otros lugares, en Gabriel Esteban Merino (2014, 2016, 2017, 2018).
- 3• Datos del Banco Mundial y del Contador Mundial de la Población.
- 4• El modelo de tercerización de las grandes empresas japonesas y organización en red transnacional, es decir, de subcontratación en múltiples niveles y en distintos países del este asiático (con menor costo de mano de obra) organizados en torno a una red financiera y tecnológica de origen japonés, va a superar competitivamente al modelo estadounidense de grandes corporaciones integradas verticalmente, que hacia fines del siglo XIX había otorgado a los Estados Unidos una gran ventaja competitiva.
- 5• Por integración vertical se refiere a las empresas que integran y controlan los distintos eslabones del proceso productivo o de la cadena de valor, con lo cual buscan disminuir la dependencia de terceros en la cadena de suministros y servicios.
- 6• Perteneciente al Banco Mundial.